

Que, si para aquel caso contaran los gobernantes con la decidida cooperación de D. Luis de Velasco, lejos de arredrarse ante la notoria merecida impopularidad de su sentencia inicua, hicieran alarde del escándalo mismo, y con deleite aprovecharan la ocasion de cebarse en nobles, ciudadanos y plebeyos, no admite duda, en nuestro concepto: mas Velasco *toleraba* la ejecucion de los Avilas, sin aplaudirla, ni menos aconsejarla: y por otra parte, un motin en vísperas de la llegada del marques de Falces, fuera darle á aquel caballero un arma poderosa contra la audiencia misma.

Por eso fué el secreto indispensable en todos los preliminares del trágico suceso, y por lo mismo, hallándose los intereses de Juan de Sámano completamente identificados en la materia con los de los doctores, á quienes en la apariencia obedecía y en realidad gobernaba, al deferir á los justos naturales deseos de Gil Gonzalez, y anticiparse á los de D. Alonso, obró atinadamente yendo él en persona á buscar á doña Elvira y á Mencía, y no diciéndoles ni aun á aquellas señoras mismas de qué se trataba, y por qué con tal premura eran á la cárcel llamadas.

Quizás haya persona á quien admire que el alguacil mayor no negara á los reos el consuelo por uno de ellos solicitado, siendo, como era aquel funcionario, su mayor enemigo, y habiendo mas que nadie contribuido á provocar y precipitar la cruel senteneia que á muerte los condenaba; pero quien así ratiocine conoce poco á los hombres, y menos á los de la especie de Sámano. Cuanta mayor es la iniquidad esencial de las acciones de los tales, con tanto mas esmero procuran revestir blandas formas, y aparentar filantrópicos sentimientos. El fanatismo suele ser brutal, la crueldad siempre suave, siempre pérfidamente hipócrita.



CAPITULO VIII.

EN EL CUAL SE PINTAN MELANCOLICAS ESCENAS, MAS COMUNES EN LOS DESENLACES DE LAS CONJURACIONES DE LO QUE Á LOS CONJURADOS CONVINIERA.

DURANTE el camino de su casa á la cárcel, que hicieron á pié las dos cuñadas por no detenerse á esperar que les preparasen una silla de manos, precediéndolas el alguacil mayor, y seguidas del primer criado que á verificarlo estuvo pronto, iban asidas una de otra, en profundo silencio y ansiedad creciente á medida que al término de su breve viaje se aprocsimaban.

Desde luego las rondas y patrullas que en el tránsito fueron encontrándose, y la tristeza evidente en el aire de las pocas personas que por las calles discurrían, y ese indefinible aspecto que una ciudad toma en momentos tan lúgubrememente críticos como los que nos ocupan, fueron sucesivamente infundiendo pánico terror en los ya contristados corazones de las aflijidas esposas: mas cuando al aprocsimarse á la prision que guardaba á los Avilas para no entregarlos mas que al verdugo, advirtieron el sin número de centinelas que rodeaban el edificio, y las estraordinarias precauciones de no dejarlas adelantar un paso sin que antes diera el santo el alguacil mayor, y luego se nombrara, y despues pusiese de manifiesto la persona, para que de su identidad no cupiera duda, ya los recelos, convirtiéndose en evidencia, acongojéronlas de modo que Mencía en particular estuvo á punto de perder el sentido.

—¡Animo, hermana mia! (dijole la valerosa Elvira, sacando fuerzas de flaqueza). ¡Animo, Mencía! Mostrémonos dignas del nombre que llevamos; y que no vean esos miserables sopistas que flaquean las esposas de los Avilas!

—¡Ah! (replicó la mujer de Gil Gonzalez). ¡No ha de flaquear la hiedra cuando es derribado el tronco á que vive asida!

El dolor hizo poética á la mujer mas prosáica del mundo en circunstancias ordinarias. . . . Pero ya con férreo tétrico son se movian cerrojos y candados; ya, rechinando en sus duros goznes, abríanse las macizas pesadas puertas de la cárcel; ya, patente el ingreso de aquella mansion del crimen y de la desgracia, del llanto y de la desesperacion, mostraba sus lóbregas sinuosidades, donde moribundas lámparas con vacilantes llamas, ardian solo para que el horror de tan miserable espectáculo fuese perceptible, mas no para disipar las negras nieblas que allí estaban como en su alcázar y natural asiento. Al crujir de las armas de las centinelas que acompasadamente se paseaban, al resonar de la pesada marcha de los llaveros que iban y venian silenciosos como fantasmas; al gruñir, en fin, de los feroces perros que al fabuloso cancerbero reemplazaban en el vestíbulo de aquella infernal morada, penetraron trémulas, en sus mantos envueltas, y opresso el corazon por la helada mano de la congajosa duda, Elvira y Mencía, guiándolas el alguacil mayor con solícita cortesía y melancólico continente.

Ni aquella alma endurecida por la codicia, ni aquel espíritu avezado á todas las crueldades de la conquista y de la guerra civil, ni aquel hombre, en fin, que con la muerte de los Avilas lograba sus deseos de muchos años, y recojia el fruto de intrigas incesantes, pudo permanecer insensible en el solemne instante á que nos referimos.

Por dicha, pocas veces llegan los mortales á sofocar del todo en sus corazones los jenerosos instintos de la naturaleza; la humanidad no se borra completamente ni de los mas duros pechos; y la mano misma del asesino alevoso se estremece al clavar el puñal en el seno de su indefensa víctima.

Sámano, pues, al conducir á las dos esposas, cuya viudez estaba tan prócsima, á los calabozos en que, contando por instantes el breve tiempo que de la eternidad los separaba, yacian los hermanos Avilas, sentia una opresion y desasosiego, un descontento de sí propio, un temor al porvenir que, como precursores de la justicia divina, preludiaban ya á los remordimientos que mas tarde ó mas temprano acosan á todo delincuente, á menos de que una bestia bruta sea.

¡Oh, cuántas menos crueldades cometieran los tiranos, si todas hubiesen de perpetrarlas por su mano, ó cuando menos de asistir siempre á la agonía de sus víctimas!—Pero ya saben ellos lo que hacen matando solo con la palabra, y dejando á sus viles sicarios que la cuchilla descarguen, ó el dogal aprieten!

En fin, volvamos á la cárcel de México, si bien no quisiéramos haber llegado á tan melancólicas escenas con nuestro cuento, al comen-zarse festivo, alegre y lijero. Así es la vida; así tambien el tiempo: risa en la juventud, flores en primavera; y en invierno yelos, y en la vejez tristezas!!!

El alguacil mayor caminaba á espacio, temiendo el instante en que con solo ver cada una de aquellas señoras á su esposo, habia de hacerse cargo de la situacion en que le encontraba; porque un calabozo entapizado de negro, y en él un altar con Crucifijo y cirios encendidos, revelan tan á voces su objeto, que una sola mirada sobra para que el menos avisado lo adivine.

—¿Dónde están? (preguntó Elvira, mas impaciente ó menos abatida que su cuñada.)

—Vuestro esposo, (respondió Sámano, dirijiéndose á Mencía y haciendo seña al llavero que le precedia de que abriese un calabozo) vuestro esposo en esa estancia: entrad, señora.

Y apresurando su marcha, para no presenciar los primeros trasportes de dolor de la mujer de Gil Gonzalez, llevóse en pos de sí á la de D. Alonso, hasta conducirla á la capilla de aquel, que estaba en el extremo de la cárcel opuesto al que ocupaba la de su hermano.

—Aquí es: dijo al llegar á la puerta, y retiróse precipitadamente antes de que el llavero concluyese de tirar los cerrojos.

En el discurso de su vida, sembrada de contradicciones y amarguras, el autor de estas pájinas ha presenciado muchas catástrofes, asistido á no pocos dolorosos espectáculos, y vistose él mismo mas de una vez ya en calabozos, ya en grave riesgo de sucumbir al furor de enconadas pasiones políticas: pero nada, gracias al cielo con él piadoso, ha superado las fuerzas de su espíritu mas que la consideracion de lo que padecen, no aquellos que mueren á mano airada, sino los que, dependiendo de ellos y amándolos tiernamente, se quedan en el mundo aislados en medio de una multitud que al primer dia dice:—“¡Qué lástima de jentes!”—El segundo: “¡Es preciso consolarse; la cosa no tiene ya remedio!”—Y el tercero esclama con impaciencia: “¡Estais importunos! ¡Quién se acuerda ya de eso!”

Todo lo cura el tiempo; no hay herida que el tiempo no cicatrice: cierto, esceptuando, sin embargo, aquellos á quienes el dolor mata antes de que el tiempo los cure: pero el tiempo tampoco le da á la esposa la consideracion que pierde, ni el amparo que le falta al morir su esposo; ni á la doncella la sombra paterna, antemural poderoso de su honra, garantía de su virtud, y espanto de viles seductores; ni al mancebo la enseñanza y ejemplo, el consejo autorizado, el guia práctico en los escabrosos caminos de la vida. ¡Oh, no! Nada ni nadie reemplaza en el hogar doméstico al jefe natural de la familia, al padre y al esposo; y eso lo sienten, mas que lo saben, las mujeres y los hijos; y por eso, en trances como el que nos sujere estas melan-

cólicas reflexiones, hasta el hijo desobediente, hasta la esposa infiel misma, acuden, desgarrada el alma y en pedazos deshecho el corazón, á decir el último adiós al que en vida ofendieron, y moribundo reconocen ser el alma de su social existencia.

Y si tal acontece á las que á sus deberes faltaron, ¿qué será de aquellas que, limpia la conciencia, pueden estrechar á su acongojado seno, antes de que pase al poder del verdugo, al hombre cuyo apellido llevan honradamente?

Si nuestra pluma fuera ahora la que envidiamos á Young ó á Cadalso, bastara apenas á bosquejar los dos fúnebres cuadros que nos esperan; porque en verdad no hay palabras suficientes á encarecer, ni el dolor humilde de Mencía, ni la pena altiva de doña Elvira. Supla la fantasía del lector lo que nuestro inseguro pincel á retratar no alcanza, y ponga la sensibilidad sus esquisitas tintas allí donde las de la pobre paleta del autor manchan inhábiles el lienzo.

Abrirse el calabozo donde Gil Gonzalez, sentado cabe el altar, meditaba con melancólica serenidad sobre el cruel capricho de la fortuna que, de la quietud de su pacífico retiro, le arrojaba tan sin culpa suya bajo el hacha judicial; herir los ojos de Mencía el resplandor opaco de los amarillentos cirios, y el triste, aunque piadoso aspecto del Redentor crucificado: y esclamar la infeliz:—*Van á matarle!!!* y caer sin conocimiento en brazos de su esposo, no sabemos qué cosa fué primero.

—¡Mencía de mi vida! (Murmuró Gil asiendo á la desmayada señora:) vuelve en tí: piensa en nuestros hijos!

¡Nuestros hijos! Quien no los tiene ignora seguramente el poder invencible de esa frase, talisman omnipotente en el corazón de una madre, iris de paz en las tormentas conyugales, norte de la vida cuando cesan todos sus demás atractivos, báculo con cuyo apoyo soporta el hombre hasta la carga misma de la miseria, lazo con que la posteridad nos une, único antídoto contra la gangrena del egoísmo.

¡Nuestros hijos! Esas palabras son á un tiempo la historia y el porvenir de los padres; el resumen de sus afectos; el símbolo de su honra; el cimiento de su orgullo; el consuelo de todos sus males, y el origen también de todas sus penas.

¡Nuestros hijos! ¿Pues, si por ellos no fuera, cómo habian de soportar los desheredados de la fortuna la ruda lid y desesperada lucha contra las escijencias de la necesidad, y las tentaciones del vicio á que nacen de por vida condenados?

¡Oh, sí! La voz de Gil Gonzalez, recordando á Mencía sus hijos, penetró en el alma de la aflijida esposa, rompiendo las tinieblas de su angustia, como desgarró el rayo solar el seno de la mas densa nube; y apareciendo en aquel mísero lacerado corazón la imájen de las inocentes prendas de una union hasta entonces tan feliz como casta, diéronle fuerzas para soportar su martirio.

Y recobró Mencía los sentidos; y cayendo de rodillas ante el que en el Gólgota derramó su sangre por redimir á la humanidad culpable, mereció que el ángel de la resignacion confortara su espíritu con el bálsamo de la esperanza en Dios; y luego, sentada en el banco del preso, enlazando cariñosamente su cuello, bañando con lágrimas sincerísimas el rostro del padre de sus hijos, pudo hablar de ellos y de su futura suerte, si no con serenidad, al menos sin desesperacion, y de manera que Gil Gonzalez llevase á la tumba el consuelo de saber que, aun muerto él, seguiríanse sus consejos en cuanto á la enseñanza de los que el ser le debian.

De vez en cuando rebelábase Mencía contra la iniquidad de la sentencia, negándose á creer que fuera posible la perpetracion del jurídico asesinato de su marido; mas Gil Gonzalez le decia:—“Es una atroz injusticia, sin duda, la que en mi persona va á cometerse; pero no podemos evitarla, amada de mi corazón, ni soy yo el primero de los hombres que muere traídoramente asesinado. No perdamos, pues, el tiempo en inútiles declamaciones y vanas quejas; hablemos de tí y de nuestros hijos, para que despues me queden libres algunas horas, á fin de prepararme al juicio del Hacedor Divino.”

Entonces, volviendo el diálogo, como un arroyo estraviado, á su primitivo cauce, Gil dictaba otra vez reglas de conducta á Mencía, y ella de nuevo protestaba con sinceridad profunda consagrarse á llorar al que idolatraba, y dar tan cristiana cuanto hidalga educacion á sus hijos.

Notemos aquí un fenómeno en el orden moral importantísimo, á saber: que una vida ajustada siempre á las reglas de la sana moral, y la ausencia en ella de pasiones violentas, si no siempre aseguran el posible bienestar en la tierra, producen al menos la inmensa ventaja de preparar el espíritu de manera que en las mas desecha tempestades y crueles tormentas, halla siempre recursos en sí mismo para resignarse, y cruzar, ilesas su dignidad y entereza, el piélago insondable de las desdichas humanas.

La escena que nos ocupa lo prueba así con evidencia: en los dos esposos que en ella figuraban, la afliccion era honda sin duda alguna, mas tambien serena sin altivez, tambien digna sin teatral aparato; preparándose él á morir en el suplicio, y ella á la viudez, con resignacion cristiana y heroica conformidad.

¿Qué pasaba en tanto en el calabozo-capilla de D. Alonso de Avila! Allí no menos fortaleza, quizá mas elevacion de ánimo, pero tambien mucha menos ternura, infinitamente menos humildad ascética.

—¡En fin! (esclamó Elvira entrando en la lúgubre estancia). En fin, Alonso, esos malvados van á satisfacer en la vuestra, la sed de sangre noble que los devora!

—En mí, Elvira mía (respondió Avila besando la mano de su esposa), importara poco: pero tambien asesinan á mi pobre Gil....

—Es hermano vuestro, Alonso, y es caballero. ¡Párceos poco delito!

—No puedo, Elvira; no puedo avenirme con la idea de que mi hermano, inocente de toda culpa en este caso, ignorante de mis proyectos, tan ajeno á mis gloriosos malogrados pensamientos, como á mis locas mocedades, haya de morir en el cadalso. Os digo—y perdóname Dios—que hay para dudar de la justicia de la Providencia, si tal acontece.

—No blasfemeis, esposo mio, en tales momentos: la Providencia ofrece á los buenos en el martirio el medio de conquistar la gloria eterna....

—Es cierto, Elvira; así lo creo, respetando humilde, en cuanto á mí sobre todo, los inescrutables designios del Altísimo: pero ¡qué que-reis que os diga! Me rebelo contra el inicuo asesinato de Gil Gonzalez. Sí; es un infame villano asesinato el que esos hombres cometen; es, en fin, porque quiero descubrirlos hasta lo mas profundo de mi pensamiento, es matar mi alma al propio tiempo que mi cuerpo.

—¿Por qué, Alonso, por qué?

—¿No comprendéis, Elvira, que la sangre de mi hermano va á caer sobre mi cabeza, al hacer rodar entrambas el hacha del verdugo! ¿No comprendéis que voy á comparecer ante el Juez Supremo con el nefando sello de los fraticidas estampado en la frente!

—No delireis, Alonso mio; no delireis, por el cielo santo. ¿Seria posible que á vos, el mas valiente caballero de Nueva-España, os abandonase el esfuerzo, cuando esta flaca mujer, cuyas entrañas destroza el dolor de perderos, se muestra serena?

—¿Qué decís, Elvira? ¡El dolor de perderme!

—Alonso, ¿es vuestra esposa, por ventura, alguna despiadada pantera?

—Sois una dama honrada y quizá sensible tambien; habeis sido casta y fidelísima esposa; vuestra virtud fué siempre harto superior á mis merecimientos; y no dudo de que sinceramente deplorais mi mala suerte: pero....

—Acabad, Alonso: por duras que sean vuestras palabras, mas merezco.

—Séame testigo *aquel* que dentro de breves horas va á juzgarme, de que no me creo con derecho, Elvira, para reconveniros: antes quiero y debo implorar de vos el perdón de ofensas que no merecísteis nunca: pero, vuelvo á decirlo, entre la compasion que vuestra alma noble y jenerosa, como lo es, no puede negarme, y el dolor que debe sentir nuestra hermana Mencía al perder un esposo amado y digno de serlo, hay harta diferencia, Elvira!

Mientras así hablaba melancólicamente D. Alonso de Avila, deplora-

rando allá en lo íntimo de su corazón la desdicha de no haber acertado nunca á inspirar á mujer alguna, y menos á la suya que á las restantes del largo catálogo de las que poseído habia, un amor de esos que, identificándose con la existencia, refunden dos almas en sola una, contemplábase Elvira, depuesta su altivez nativa, con lágrimas en los ojos, y palpitante el alabastrino seno.

—¿Y quién *te ha dicho* (esclamó al concluir Avila, articulando con dificultad las voces por continuos sollozos interrumpidas), quién *te ha dicho*, Alonso mio, que no eres tú tanto y mas digno de ser amado que tu hermano? ¿Quién *te ha dicho* que tu esposa, que tu Elvira no te ama con toda la ternura de su corazón, con todo el fuego de su alma, con toda la exaltacion propia de la sangre del guerrero ilustre que en sus venas discurre? Mirame á tus piés de rodillas, Alonso amado, pidiéndote perdón de mis locas altiveces y orgullosos desdenes, causa quizás única, como con dolor profundo lo confieso, de muchos de tus estravíos; y ofreciéndote tarde—muy tarde, sí, para nuestra ventura—el amor de esposa, la pasion de amante, la obediencia de esclava, el arrepentimiento de culpable!

—¿Oh mi Elvira, mi bien, mi dulce señora! ¿Qué estás diciendo? ¿Sueño yo, por ventura, ó estoy ya mas allá del cadalso y de la tumba en la celeste morada, y ha revestido las formas de mi Elvira alguno de los ángeles del Señor predilectos? Habla, mi bien: vuelve á decir que me amas; que tu dulce voz, que tu májico acento penetren de nuevo en mi alma. Habla otra vez, y ven á mis brazos, y dure los siglos de la eternidad mi engaño, si es ilusion del sueño la ventura que gozo!

—Verdad es, Alonso mio; verdad es; yo te amo, sí; yo te adoro. Tu valor, tu desinterés, tu grandeza de ánimo; la caballerosidad, la nobleza de tu corazón, triunfaron de la esquividad del mío y de las sugestiones del orgullo, y.... porque debo decírtelo todo, sí, todo.—Triunfaron tambien de otro amor, culpable por ilícito, pero que nunca llegó á mancillar mi honra.

—¿Ven, ven otra vez á mis brazos, ¡oh la mas bella como la mas sublime de las mujeres! ¿Por qué te he conocido tan tarde? ¿Quizá los espíritus celestes solo á los moribundos se revelan!

—¿Me perdonas, Alonso?

—¿Te adoro, Elvira! ¡Es mio, enteramente mio, tu corazón!

—Como de Dios la fé que profeso. Y tú, Alonso ¿eres ahora de tu Elvira completamente?

—¿Oh mi bien, soy tan tuyo, tan del todo tuyo, como será mañana mi cuerpo del verdugo!

Y en aquel calabozo entapizado de negro, sin mas luz que la de las fúnebres antorchas que sobre el altar ardian, sin mas testigos que la imájen angustiosa del Hijo de María en la cruz enclavado, sin mas porvenir que el de algunas horas de agonía, y con el cadalso en proc-

sima perspectiva, aquellos dos esposos que en largos años de libertad, opulencia y magnífico estado nunca pudieron avenirse, trocaron sus almas, encadenaron sus voluntades, y estrechamente enlazados, sintieron palpar unísonos sus dos magnánimos corazones.

¡Oh, sí! Cuanto Elvira había soñado de grandezas y quiméricos triunfos; cuanto D. Alonso gozado en voluptuosas orjías, fué humo, vanidad, viento y decepcion, comparado á la ventura celeste de sus almas uniéndose al borde de la tumba, y entreviendo en la eternidad un mundo donde para siempre vivir en lazo indisoluble, sin sobresaltos ni temores.

Avila y Elvira fueron dichosos, completamente dichosos algunos instantes; mas dichosos que ellos mismos lo creían posible, en la capilla de la cárcel de México.

Tanto peor para el que lo dude, pues en tal caso nos permitirá decirle que tiene sentidos, pero no un alma sensible, prenda, á la verdad, mas importante para figurar en una novela que para sacar partido de este pícaro mundo.

No faltará tampoco quien acuse á Elvira de inconsecuencia, y al autor de su historia de no haber sostenido como debía su carácter, pues no se consiente en libros como el presente que la heroína ame nunca mas de una vez, y esa tan de veras que, si de amor no muere, al menos llegue á necesitar la unción santa. Ya no recuerdo en qué parte ó capítulo probé, á mi modo, que es un absurdo decir que solo se ama una vez en la vida, siendo el amor un sentimiento innato, una dote propia, lo mismo que el talento y que el valor, de que cada cual usa en el discurso de su existencia, aplicándola segun los casos y las circunstancias; ya dije, y repito porque así lo creo, que puede amarse, y mucho y sincera y apasionadamente, veces distintas y sucesivas, mientras duran las facultades amatorias, lo mismo que un hombre no gasta su valor en la primera hazaña, ni su ingenio en el primer caso difícil que salva, y los encuentra y usa siempre que el peligro lo exija ó la ocasion lo requiere. Mas por lo que á Elvira en particular respecta, hay que tener presente su posicion escepcional en todos sentidos, y que si naturalmente hubo de apartarse de su marido mientras vió en él al libertino desenfrenado, al ocioso insustancial, nada mas lógico que el que la cautivase luego que se hizo precisamente todo lo contrario.

El infeliz D. Fernando de Valdestillas tuvo la desgracia de ser el instrumento destinado á despertar en el corazón de Elvira el adormecido perezoso instinto amoroso; si las circunstancias por una parte, y la sólida virtud de la esposa de Avila por otra, no los separasen invenciblemente, no dudamos de que la bellísima nieta del conquistador de México le amara hasta el fin de sus dias; mas Elvira, que nunca sacrificó sus deberes ni por un instante al amor de D. Fernando, que jamas le miró sino como imposible, que siempre se consideró á

sí misma culpable en el hecho de no amar á su esposo; sin violencia ninguna, sin ser inconsecuente á su carácter, lejos de eso conforme á él, pudo y debió entregarle su corazón á D. Alonso en los momentos en que lo hizo.

¡Y qué momentos! En verdad los mas á propósito para cautivar un alma como la de aquella hermosura, dotada de una exaltacion entusiasta y sin límites, y por el cúmulo de desdichas que en pocos dias cayeron sobre ella, á un estado de excitacion violenta casi inconcebible llegada.

Y si, como lo dijimos muy desde que de Elvira á hablar comenzamos, su corazón no podía rendirse á una pasión vulgar, su alma necesitaba un amor imposible: ¿cuál mas imposible que aquel que, á un hombre á muerte condenado y ya en capilla puesto, se consagra?

Finalmente, si todos esos argumentos no bastan, alegaremos el decisivo, la *última ratio* de los historiadores; *así fué*, lector carísimo; *así fué*, y contra los hechos no hay raciocinio que valga.

Volviendo ahora á nuestros amantes esposos, digamos que, no por entregarse, como lo hicieron, á su lícito exaltado amor, olvidaron del todo las amargas circunstancias en que se encontraban, ni los deberes que ellos les imponían.

D. Alonso, atormentado siempre por el recuerdo del sueño ó aparicion en que la sombra de su padre le habia hecho responsable de la vida de su hermano Gil Gonzalez, insistió mas de una vez en lamentarse de la sentencia inicua que al inocente confundia con el culpable; y ya, por último, dijo á su esposa:

—¡No ha de haber, Elvira amada, medio alguno de sustraer á mi hermano á la horrible inmerecida suerte que le aguarda! ¡Ah, si nuestro padre estuviese en México! ¡Ah, si Fernando de Valdestillas no nos hubiera dejado!

La infeliz Elvira, que por no afijir inútilmente á su marido, habíale hasta entonces ocultado el reciente fallecimiento de D. Martin Suarez; y por no despertar en el corazón de D. Alonso la memoria de los antiguos zelos, evitado tambien hablar del hijo del comunero, no pudiendo, al oír que así invocaba el generoso sentenciado aquellos dos nombres, reprimirse mas tiempo, exclamó con doloroso acento:

—¡Ay, Alonso mio, tu Elvira, que mañana será viuda, es huérfana ya de pocos momentos acá....

—¡Cielos! ¡D. Martin ha muerto!

—¡En mis brazos, Alonso!

—¡Cómo, Elvira, cuándo!

—¡Alevosamente asesinado por un indio fanático; y su cuerpo aun no estaba frio cuando de él me he separado para venir á darte el último adiós!

—¡Oh fatalidad incomprensible la que sobre nosotros pesa! ¡oh rigor implacable de la suerte con la descendencia de un hombre por su

grandeza para siempre ilustre!—¡Pobre esposa mia! ¡Infeliz Elvira! Todo lo pierdes en un momento mismo: Dios te dé fuerzas para soportar tanta desdicha.

—Y á tí, mi Alonso, para morir á un tiempo como cristiano y como caballero!

—No me faltarán, mi dulce señora, no me faltarán, yo te lo juro por tus divinos ojos: pero ¡qué va á ser de tí, una vez terminada la tragedia de mi vida!

—¡Qué va á ser de mí, Alonso! ¡Y tú no lo adivinas! ¡Puedo yo vivir en medio de los asesinos de todo cuanto en el mundo he amado! ¡Puedo en realidad ni aun vivir, cuando nada me es posible amar!

—¡Habré yo de recordarte, amada esposa, que la vida no es nuestro bien, sino nuestra carga, y que no nos es lícito soltar la cruz que en suerte nos cabe, por inmensa que sea su pesadumbre!

—No, Alonso mio, no he menester que me recuerden mis obligaciones de cristiana.

—No te entiendo, entonces.

—Así que, dejando este valle de lágrimas, vuela tu espíritu generoso á la mansion de los bienaventurados, Alonso, tu esposa entrará en un claustro para no salir nunca de aquel retiro.

—¡Tan joven y tan bella, y tan noble y tan rica, amada de mi alma, reducirte á la estrechez de una celda y á la soledad de un monasterio! No, mi bien, no: yo no puedo consentirlo. Inmensa es y debe ser ahora tu afliccion; quiero lisonjearme con la esperanza de que mi memoria no se borre de tu pecho; pero.... en fin, Elvira, no hay pena que el tiempo no alivie, no hay melancolía que á los años no ceda, no hay corazon de mujer hermosa que mas tarde ó mas temprano.... ¡No te rebelés hoy contra tu esposo, y óyete paciente por la vez postrera!—Pasarán años, quizá, sin que otro amor te sea posible; al cabo de ellos un dia pudiera parecerte lo contrario. Huye de México, vete á Europa, llevándote contigo á nuestros criados, sobre todo á Juan de Victoria y Gonzalo Nuñez, que celosa y honradamente nos sirvieron siempre....

—No mas, Alonso: mi resolucion está tomada y es invariable: un convento para siempre: y ese convento cerca de tu sepultura.

—Elvira mia, esa resolucion es un delirio. ¡Sabes tú lo que son dias, y meses, y años de soledad constante?

—¡Oh, no será larga esa soledad que tú tanto temes para tu Elvira, y ella anhela con toda su alma! No será larga, no: mi pena es compasiva; es de las que matan pronto.

—No me digas tal, si no quieres que el dolor acabe antes que el verdugo con mi vida!

—¡Tanto temes reunirte de nuevo con tu Elvira! Antes de un año, el corazon me lo dice, estaré contigo, Alonso amado!

—¡Y morir cuando soy tan dichoso! ¡Morir cuando así y tan de ve-

ras me ama la mas perfecta de las mujeres! ¡Morir cuando por vez primera amo sin culpa! ¡Morir, Dios mio, al saber que un ángel poseo!

—Alonso, resignémonos con la voluntad de Dios: nuestro amor no es de la tierra: solo en el cielo puede gozarse!

Otra vez al llegar el diálogo al punto en que lo interrumpimos, sofocó la pasion todos los demas penosos sentimientos que aquellos dos amantes corazones no podian menos de agitar en tan amargas circunstancias: otra vez, olvidando, estrechamente enlazados, el sitio en que se hallaban y el tremendo dia que á pasos ajigantados iba acercándoseles, fueron momentáneamente felices los dos esposos.

Mas tal ilusion no podia prolongarse mucho; y en efecto, Avila volvió pronto á la idea que le atormentaba; la sentencia de su hermano, con cuya evidente injusticia no acertaba á resignarse, ni era fácil en verdad hacerlo.

Dominado, pues, como por un remordimiento, por aquella preocupacion, volvió á decirle á Elvira:

—Mi muerte es sin duda espiacion, dura quizá, mas al cabo merecida, de mis culpas y extravíos: pero la de Gil.... la de Gil, una infamia.... la crueldad mas gratuita, mas inútil que cupo nunca en corazon de tigre.

—Cierto, Alonso. ¡Mas es nuestra la culpa por ventura!

—Mia es hasta cierto punto, y lo será mas, si no consagro lo que de vida me resta á salvar la de mi infeliz hermano. ¡Qué es de Fernando de Valdestillas! O yo le conozco mal, ó si él está en México, no ha de consentir que impunemente asesinen á Gil.

Elvira, en respuesta, refirió á su marido puntual, aunque brevemente, todo lo que el lector conoce de las aventuras ó mas bien desventuras del hijo del comunero desde que, separándose en Tlaxcala de su anciano padre, acudió á México en hábito de novicio de la Orden Seráfica, hasta el momento en que le habia dejado velando, con Fr. Diego de Olarte, el cadáver de D. Martin Suarez de Monroi. Conocia demasiado bien D. Alonso á los hombres en jeneral y á la jente de México en particular, para que le sorprendiera de ningun modo el jiro que, á causa de la prision del marqués y los principales de su parcialidad, tomaron los negocios políticos, ni menos que el terror se hubiese apoderado de los ánimos de nobles y plebeyos, de indios y castellanos igualmente: pero al mismo tiempo, teniendo fé profunda en la hidalguía de los sentimientos, y en el valor resuelto de D. Fernando, érale imposible persuadirse de que aquel poético esforzado mancebo se rindiese como los demas al poder de las circunstancias.

—“Tú, Elvira [decia], eres injusta con ese mozo: le faltan instrumentos, sí; quizá por carecer de esperiencia, y estar por su desventurada pasion preocupado, no halla en sí mismo los recursos que un hombre como yo encontrara para salvar á sus amigos: pero abando-

narlos, pero contentarse con verter estériles lágrimas sobre sus tumbas...! No, Elvira, no: Fernando es incapaz de tal cobardía!

—¡Oh! ¡Sin ser cobarde puede hoy desesperar de salvaros!

—A mí no es posible: pero á mi hermano...

—¡Por qué á Gil mas bien que á tí, Alonso mio!

—Porque yo soy aquí la víctima predilecta, y mas diré, predestinada. Dios quiere que yo muera en el cadalso, y será. No así de Gil, Elvira. Es preciso que yo vea á Fernando.

—¡Y cómo!

—Fácilmente.

—Espílicate...

Al decir así la bella Elvira, resonaron los cerrojos y abrióse la puerta del calabozo, apareciendo en ella, pálido como un cadáver, Juan de Samano, quien dijo con voz balbuciente:

—Comienza á amanecer, señora, y es preciso que os retireis.

—¡Tan pronto! [esclamó aterrada la bellísima dama.]

—Necesito algun descanso, Elvira amada, si no he de comparecer ante el pueblo ojeroso y caído, cual si tuviera miedo. Retírate ahora,...

—¡Volveremos á vernos!

—Sí, Elvira: todavía una vez para despedirme de tí. ¡No es verdad, Sámano!

—Como gustáreis, D. Alonso.

—Ya lo oyes, mi bien: retírate.

Quiso Elvira hablar y no pudo: los sollozos anudaron las voces en su garganta; y cediendo, en fin, por completo á la humana debilidad, siendo una vez en su vida mujer, y no mas que mujer apasionada y sensible, desmayóse en brazos de su esposo. Entonces Avila, hondamente conmovido, mas dominándose con heroico esfuerzo, dióle un tiernísimo beso en los apagados ojos, y dijo á Juan de Sámano:

—Aprovechad ahora la ocasion de llevaros á esta desdichada; haed que á mi quinta de Chapultepec la conduzcan para que el clamoreo de las campanas no hiera sus oídos, y que no vuelva... que no vuelva á verme. Si esta escena se repite, puede privarnos á mí del valor que tengo, y á ella misma de la vida.

Dos llaveros ejecutaron la orden de Avila, procurando suavizar sus rudas manos para sustentar en ellas el cuerpo desmayado de la bella Elvira, el Alguacil mayor, que ya en el mismo lastimoso estado habia tenido que sacar á Mencía del calabozo-capilla de Gil Gonzalez, murmuró entre dientes:

—¡Maldito encargo me dieron los Doctores! ¡Matar á un hombre con la espada, es un juego en comparacion de hacerle agonizar tan penosamente en capilla! ¡Alcanzará la misericordia de Dios á los que á tanto se arrojan!

Ya el espíritu inflexible del remordimiento comenzaba á esgrimir su duro azóte contra los asesinos de los Avilas!



CAPITULO IX.

DE UNA APARICION QUE TUVO DON FERNANDO DE VALDESTILLAS, Y DE LA MALA NOGHE QUE PASARON LOS DOCTORES CEINOS Y VILLALOBOS LA DEL DOS AL TRES DE AGOSTO DEL AÑO DE 1566.

SALGAMOS un momento de la mefítica lóbrega atmósfera de cárceles, calabozos y capillas, á respirar el puro ambiente del clima mexicano, ya que no en el campo como quisiéramos, y nuestro angustiado pecho necesita, al menos en un, no sabemos si llamarle jardín ó cementerio del convento de San Francisco de Tlatelolco; pues aunque á la verdad no es alegre el espectáculo que nos espera, al cabo variamos de escena, y por triste que ella sea, nunca puede ser tan ingrata y repugnante como lo será siempre considerar de cerca á infelices condenados por la Justicia [así la llaman] á morir en el patíbulo, ya por culpas propias, ya por ajenos errores, si no en satisfaccion de las rencorosas pasiones de sus pretendidos jueces, y en realidad asesinos.

Habia en la época de nuestro triste relato un gran patio interior en el convento de San Francisco, poblado de cedros y cipreses en distintas calles repartidos, y bajo cuya melancólica sombra estaban las sepulturas de los religiosos que el Señor se dignaba llamar á mejor vida.

En ese, como decíamos, jardín ó cementerio, porque las fúnebres cruces alternábanse allí con árboles y flores; en ese cementerio, repetimos, de ordinario sombrío y silencioso durante las altas horas de